CINCO MESES EN CABO VERDE

Noelia Amaro Ray
Mindelo, Cabo Verde. Del 21 de enero al 20 de junio del 2025
Taller: Mestre Djoy Soares. Ribeira Bote.
Contacto: Emanuel Soares +238 977 4709

Intensidad, barro y contradicción

Durante cinco meses he vivido una experiencia Erasmus+ que ha sido profundamente transformadora. Tuve la oportunidad de realizar mi estancia en Mindelo, ciudad situada en la isla de São Vicente (Cabo Verde), un lugar que me atrapó desde el primer momento. Bañada por el Atlántico, es una ciudad llena de vida, arte y música, con murales en cada esquina, una energía contagiosa y una creatividad que se respira en cada detalle cotidiano. Mindelo no se visita, se vive.

Uno de los espacios más emblemáticos de la ciudad es el Centro Nacional de Arte y Diseño, un edificio colorido y lleno de vida, cuya arquitectura refleja la esencia vibrante de Cabo Verde. Allí conocí propuestas artísticas que me ayudaron a comprender mejor el contexto cultural y creativo del país.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Mi destino fue el taller Djoy Soares, un espacio de cerámica tradicional en el barrio de Ribeira Bote. Allí, todo se hace de forma artesanal: desde preparar el barro recogido en las islas, hasta construir los moldes y dar forma a las piezas.

Tuve el privilegio de acompañar al equipo en una jornada de recolección de barro en la isla vecina de Santo Antão, una experiencia intensa y preciosa en la que se mezcla el paisaje salvaje con el trabajo colectivo.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

En el taller participé en la reproducción de piezas con moldes (por colada y presión), en la elaboración de moldes de escayola en el torno al aire, y en el trabajo con torno con un barro de baja plasticidad, que me obligó a adaptar mi técnica y a buscar soluciones creativas. También preparábamos nuestro propio barro y barbotina desde cero, con procesos largos, físicos y muy cuidados.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Un aspecto que me llamó especialmente la atención es su filosofía de no desechar nada: todas las piezas se recuperan, se reparan, se transforman. Aprendí a cerrar grietas y a rescatar trabajos que en Europa seguramente se descartarían. Esa relación con el error, con lo imperfecto, me enseñó una forma más sostenible, generosa y paciente de trabajar.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Además, colaboré en la elaboración de encargos cerámicos, apoyé las clases que el taller ofrecía y pude observar cómo trabajan con otros artesanos locales que utilizan materiales como madera, piedra, fibras naturales o telas. Todo ello en un contexto de recursos limitados, donde la creatividad y la improvisación son parte del día a día.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

El taller también tuvo la oportunidad de participar en un evento muy significativo: la visita de la Reina de España a Mindelo como parte de su recorrido por Cabo Verde. En concreto, visitó el mercado de pescados de la ciudad, donde conoció a las peixeiras y los proyectos de pesca artesanal e igualdad de género impulsados por Paz y Desarrollo junto a la Asociación de Pescaderas de Mindelo.

Fotografía Tania Macera

Fotografía Tania Macera

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Para este acto, el taller Mestre Djoy Soares realizó los sellos con el logo del proyecto "Amdjer d txeu luta", una iniciativa que promueve una cadena pesquera más inclusiva y sostenible, fomentando el acceso a derechos de mujeres y jóvenes en el litoral de São Vicente. Este proyecto está financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Fotografía Tania Macera

En el taller se elaboraron los platos de barro en los que se presentaron los productos alimenticios que tradicionalmente preparan las mujeres, utilizando pescado como base principal.

Fotografía Tania Macera

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Uno de los aspectos más destacados del taller es la creación de figuras de barro que representan personajes populares caboverdianos: peixeiras, músicos, bailarines de danzas tradicionales... Son piezas llenas de identidad que transmiten con orgullo el alma del país.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Durante los primeros meses, el taller acogió una formación en cerámica dirigida a personas del barrio. Fue una convivencia muy especial y enriquecedora. Al finalizar el proceso, organizamos una exposición colectiva con las piezas realizadas por los participantes en el Centro Cultural de Mindelo, un momento muy emotivo que puso en valor todo el trabajo compartido.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

Durante mi estancia también tuve la oportunidad de colaborar y conocer otros talleres de cerámica de la isla, como el taller Terracota y el taller Akacia, dirigidos por Nelson y Billy respectivamente, dos ceramistas tradicionales con una larga trayectoria.

Fue muy enriquecedor intercambiar experiencias, conocer otras formas de trabajar y descubrir la diversidad de enfoques que existen dentro del ámbito cerámico caboverdiano.

Técnica, adaptación y creatividad isleña

También tuve la oportunidad de representar al taller realizando un taller con niños en una escuela de la isla de Santo Antão. Fue una experiencia muy divertida y llena de entusiasmo por parte de los niños, que recibieron la cerámica con enorme curiosidad y alegría.

Fotografía Tania Macera

Fotografía Tania Macera

Las dos últimas semanas, el equipo del taller me ofreció la posibilidad de realizar una pieza personal en el torno, con la que pude plasmar mi experiencia vital en Cabo Verde. Fue mi broche final, un espacio íntimo de expresión y síntesis de todo lo vivido.

Si quieres descubrir el texto que grabé en espiral sobre la pieza, puedes verlo [en este enlace].

Fotografía Tania Macera

Una lengua propia, una familia en el taller

Una parte fundamental de mi aprendizaje fue lingüístico y humano. Aunque el idioma oficial en Cabo Verde es el portugués, la lengua más hablada es el kriol. Con el tiempo, fuimos desarrollando en el taller una lengua propia, mezcla de portugués, español y kriol, que nos unió aún más. Ese esfuerzo mutuo por entendernos creó vínculos profundos y auténticos.

En Djoy Soares no solo trabajé, también conviví. Desde el primer día, Manu (Emanuel), el ceramista responsable del taller, me acogió con una calidez sobrecogedora. Se preocupó por mi adaptación, por mi bienestar, y me abrió las puertas de su mundo y de su familia. Compartí comidas en su casa, encuentros fuera del taller, cenas, excursiones y celebraciones.

A su lado está Igor, su mano derecha, con quien de igual manera también establecí una amistad. Compartimos muchas horas de trabajo, risas y conversaciones, y fue un apoyo humano y técnico durante mi estancia. También trabajé con Calú, ceramista experimentado, que me enseñó con paciencia el arte de crear moldes.

Una lengua propia, una familia en el taller

Durante las horas de trabajo, ellos me hablaban sobre su música, sus bailes, su cultura, su historia... Y entre risas, yo bromeaba sobre el gran orgullo caboverdiano que llevan en la sangre, y que transmiten con una pasión contagiosa.

Durante los primeros meses, conviví además con un grupo de aprendices locales, con quienes compartí el día a día del taller, aprendiendo unos de otros en un ambiente de respeto y cercanía.

El taller funciona como una familia extendida, donde se comparte mucho más que técnicas: se comparte vida. Para ellos, la convivencia es parte esencial del trabajo, y esa forma de vivir y crear me ha marcado profundamente. Es más que un lugar de trabajo: es también un espacio abierto a todo el barrio. Vecinos que venían a pedir agua, niños que pasaban cada tarde tras sus clases... el taller era un lugar de acogida, de encuentro, de comunidad. El taller siempre estaba abierto para todos.

Carnaval, caminadas, mercado y morabeza

Más allá del taller, Mindelo me regaló experiencias inolvidables. Cada semana salía a hacer rutas de montaña con un grupo de senderismo local. No eran solo excursiones: siempre venía después el momento de convivir, con comida compartida, risas y música, que nunca faltan en Cabo Verde.

Carnaval, caminadas, mercado y morabeza

También me impresionaron sus aguas turquesas, cristalinas, hipnóticas. Ese mar inmenso que lo envuelve todo, que calma, que emociona y que fue un verdadero regalo cotidiano durante toda la estancia.

Tuve además la inmensa suerte de participar en el Carnaval de Mindelo, desfilando con uno de los grupos principales. Disfruté desde los ensayos multitudinarios hasta el momento de hacerme el traje, cuando una costurera anciana me tomó las medidas en su pequeña casa, con una delicadeza que aún recuerdo con emoción.
Desfilar en el carnaval es un esfuerzo físico considerable: son dos horas de coreografía continua, y me asombró ver cómo personas de todas las edades se entregan con entusiasmo a esta celebración. Toda la ciudad se transforma y se une en torno a la fiesta, en una muestra de implicación colectiva realmente impactante. Fue una experiencia maravillosa, sí, pero también físicamente agotadora.

Fotografía Tania Macera

Carnaval, caminadas, mercado y morabeza

También visité los talleres donde se confeccionan los elaborados trajes, y los enormes hangares donde se construyen los carros alegóricos. Allí, decenas de personas trabajaban en un caos lleno de ritmo y complicidad, donde solo ellos parecían entender el orden invisible que lo sostenía todo. Era secreto: no podía hacerse ninguna foto. Vivir esa celebración desde dentro fue algo mágico: el ritmo, el color, la emoción... Es una experiencia que guardaré siempre con alegría.

Fotografía Tania Macera

Fotografía Tania Macera

Fotografía Tania Macera

Carnaval, caminadas, mercado y morabeza

En mis recorridos por la ciudad, también me cautivaron las vendedoras de pescado, frutas y verduras. Sus puestos en la calle, llenos de color y vitalidad, llenaban el paisaje urbano de aromas, texturas y escenas cotidianas que ahora llevo conmigo.

Carnaval, caminadas, mercado y morabeza

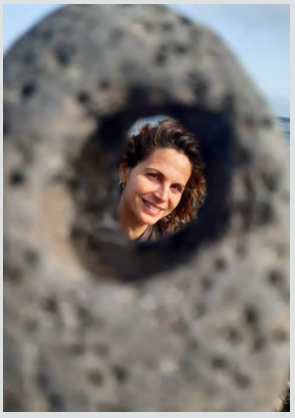
Y en todo esto estuvo siempre presente la morabeza caboverdiana: ese valor tan propio del país que se traduce como hospitalidad, ternura, acogida. La he sentido en cada gesto, en cada conversación, en cada comida compartida. También he aprendido que las relaciones humanas allí siguen otros códigos, más libres, a veces difíciles de comprender para quien viene de fuera. Esa mezcla de acogida y calidez intensa con una cierta ligereza emocional, me enseñó mucho sobre mí, sobre mis límites, y sobre el arte de aceptar.

Y también, por supuesto, en sus sabores: probé la cachupa, plato emblemático del país, y el cuscús dulce tradicional, preparado por una de las mejores manos del barrio. Esas comidas compartidas, con historias y afectos, son parte fundamental de lo que me llevo.

Mirar con otros ojos

Este Erasmus no ha sido solo una experiencia formativa: ha sido un viaje vital. Cabo Verde me ha transformado. Me ha dado momentos de belleza desbordante y también otros de profunda confusión. Me he sentido abrazada y, a veces, desconcertada. Pero todo lo vivido, en su intensidad y contradicción, ha dejado una huella que me acompaña. He crecido como ceramista, sí, pero sobre todo como persona. He aprendido a adaptarme, a observar, a escuchar, a trabajar desde lo humano. Me llevo barro en las manos, luz en la mirada y una parte de mí se ha quedado en esa isla que me abrazó.

Quiero dar las gracias de corazón a Manu, a Igor, a Calú y a todos mis compañeros del taller por abrirme las puertas de su espacio, de su forma de hacer y de su vida. Me llevo con cariño cada conversación, cada enseñanza y cada gesto compartido. Para mí, ellos ya forman parte de mi historia.



Gracias a la Escuela de Cerámica Francisco Alcántara por hacer posible esta experiencia. Recomiendo a cualquier estudiante que se atreva a vivir un Erasmus fuera de Europa: es una oportunidad que transforma.

"De eso se trata, de coincidir con gente que te haga ver cosas que tú no ves. Que te enseñen a mirar con otros ojos." — Mario Benedetti